

á quien esta contestación llenó de estupor y que empezó desde entonces á creerse envuelto en alguna trama urdida contra ellos.

En este momento todo el mundo volvió de las cuadras, y Lorenza acudió á prestar auxilio á la señora de Hauteserre, que no tardó en recobrar los sentidos y decirle:

—¡Tienen pena de muerte!

—¿Pena de muerte?... repitió Lorenza mirando á los cuatro hidalgos.

Esta palabra llenó á todos de espanto, y Giguet, como hombre instruido por Corentín, supo aprovecharse de él.

—Todo puede arreglarse aún, dijo llevándose al marqués de Simeuse á un rincón del comedor. ¿Es esto una broma? ¡Qué diablo! Usted ha sido militar y entre soldados es fácil entenderse. ¿Qué han hecho ustedes del senador? Si le han matado, no hay nada que hacer; pero si no han hecho más que secuestrarle, devuélvannoslo, pues ya ven que la cosa ha salido mal. Estoy seguro que el director del jurado, de acuerdo con el senador, procurará que no se les persiga á ustedes.

—No comprendo ninguna de sus preguntas, dijo el marqués de Simeuse.

—Si se pone usted en ese terreno, el asunto irá lejos, dijo el lugarteniente.

—Querida prima, dijo el marqués de Simeuse; van á prendernos, pero no se inquiete usted; volveremos dentro de algunas horas, pues para mí es indudable que hay en este asunto algunos errores, que no tardarán en desvanecerse.

—Señores, lo celebraría mucho, dijo el magistrado haciendo una seña á Giguet para que se llevase á los cuatro hidalgos, á Gothard y á Michú. No los lleve usted á Troyes; téngalos en el cuartel de Arcís, porque mañana al amanecer deben estar presentes para llevar á cabo la confrontación de las herraduras de sus caballos con las huellas dejadas en el parque.

Lechesneau y Pigoult no se marcharon hasta después de haber interrogado á Catalina, á los señores de Hauteserre y á Lorenza. Los Durieu, Catalina y Marta declararon que no

habían visto á sus amos hasta la hora de cenar; el señor de Hauteserre declaró que los había visto á las tres de la tarde.

Cuando, á las doce de la noche, se vió Lorenza entre los señores de Hauteserre, el abate Goujet y su hermana, y sin los cuatro jóvenes, que hacía ya diez y ocho meses eran la vida de aquel castillo, su amor y su alegría, guardó largo rato un silencio que nadie se atrevió á interrumpir. Jamás afición alguna fué más profunda y completa. Por fin, en medio de aquel silencio, se oyó un suspiro, y todo el mundo se volvió para ver de dónde había partido: Marta, olvidada en un rincón, se levantó diciendo:

—Señora, ¡la muerte!... nos los matarán, á pesar de su inocencia.

—¿Qué tiene usted? dijo el cura.

Lorenza salió sin responder. Necesitaba estar sola para recobrar sus fuerzas, en medio de aquel imprevisto desastre.

CAPÍTULO III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UN PROCESO POLÍTICO BAJO EL IMPERIO

"MELARSO REYES"
1906. 2828 MONTERREY, MEXICO

Después de treinta y cuatro años, durante los cuales se han hecho tres grandes revoluciones, sólo los ancianos pueden acordarse hoy del inaudito clamoreo producido en Europa por el secuestro de un senador del Imperio francés. A no ser el de Trumeaux, el abacero de la plaza de San Miguel, y el de la viuda Morin, bajo el Imperio, los de Fualdes y de Castaing, bajo la Restauración, y los de la señora Lafarge y Fieschi, bajo el gobierno actual, ningún proceso iguala en interés y curiosidad al de los jóvenes acusados del secuestro de Maligno. Semejante atentado contra un miembro de su Senado, excitó la cólera del Emperador, á quien se comunicó la prisión de los delincuentes y el resultado negativo de las pesquisas casi al mismo tiempo que la perpetración del delito. Registrado el bosque y recorrido el Aube y los departamen-

tos contiguos en toda su extensión, no ofrecieron el menor indicio del paso ni del secuestro del conde de Gondreville. El gran juez, mandado por Napoleón, volvió y le explicó la posición de Maligno con respecto á los Simeuse. El Emperador, ocupado á la sazón en cosas graves, se explicó el atentado por los hechos anteriores.

—Esos jóvenes están locos, dijo. Un jurisconsulto como Maligno sabría anular las actas arrancadas por la violencia. Vigilen ustedes á esos jóvenes para saber cómo se las arreglarán para soltar al conde de Gondreville.

Recomendó asimismo que se desplegara la mayor actividad en aquel asunto, en que vió un atentado contra sus instituciones, un fatal ejemplo de resistencia contra los efectos de la Revolución, un ataque á la gran cuestión de los bienes nacionales y un obstáculo para aquella fusión de los partidos que fué la ocupación constante de su política interior. Finalmente, se veía burlado por aquellos jóvenes, que le habían prometido vivir tranquilamente.

—La predicción de Fouché se ha realizado, exclamó recordando la frase pronunciada dos años antes por su ministro actual de policía, el cual la había hecho bajo la impresión de los informes que Corentín le había dado de Lorenza.

Bajo un gobierno constitucional en que nadie se interesa por una cosa pública, ciego y mudo, ingrato y frío, es imposible imaginarse el celo que una palabra del Emperador imprimía á su máquina política ó administrativa. Aquella poderosa voluntad se comunicaba no sólo á los hombres, sino también á las cosas.

Una vez dichas estas palabras, el Emperador, sorprendido por la coalición de 1806, olvidó este asunto. Pensaba en nuevas batallas que librar y se ocupaba en organizar sus regimientos para herir de muerte á la monarquía prusiana. Pero su deseo de que se hiciese pronta justicia, encontró un poderoso vehículo en lo inseguro de la posición de todos los magistrados del Imperio. En este momento, Cambaceres, en su calidad de archicanciller, y el gran juez Regnier, preparaban la institución de los tribunales de primera instancia, de las Audiencias imperiales y de la de casación; agitaban la

cuestión de los trajes, á los que Napoleón daba tanta importancia con mucha razón; revisaban el personal y buscaban los restos de los parlamentos abolidos. Como es natural, los magistrados del departamento del Aube pensaron que el dar pruebas de celo en el asunto del secuestro del conde de Gondreville sería una excelente recomendación. Las hipótesis de Napoleón pasaron á ser verdades evidentes para los cortesanos y para las masas.

La paz reinaba aún en el continente, y la admiración por el Emperador era unánime en Francia. Napoleón mimaba los intereses, las vanidades, á las personas, á las cosas, en fin, á todo, hasta á los recuerdos. Este hecho pareció, pues, á todo el mundo un ataque á la felicidad pública, y los pobres é inocentes hidalgos fueron cubiertos de un oprobio general.

En corto número y confinados en sus tierras, los nobles deploraban entre sí aquel asunto, pues no se atrevían á abrir la boca. En efecto, ¿cómo oponerse al torbellino de la opinión pública? En todo el departamento se recordaba á los cadáveres de las once personas muertas en 1792, á través de las persianas del palacio de Cinq-Cygne, y se colmaba de dicerios á los acusados. Temíase que los emigrados, envalentados, no ejerciesen violencias contra los nuevos propietarios de sus bienes, para obligar así la restitución, protestando de aquel injusto despojamiento. Aquellos nobles fueron, pues, tratados de bandidos, de ladrones, de asesinos, y la complicidad de Michú les fué sobre todo fatal. Este hombre, que había cortado, en unión de su suegro, todas las cabezas caídas en el departamento durante el Terror, era objeto de las más ridículas fábulas. La desesperación era tanto mayor, cuanto que Maligno había colocado á casi todos los funcionarios del Aube. Ninguna voz generosa se levantó para contradecir á la opinión pública. Los desgraciados no tenían ningún medio legal para combatir las prevenciones; pues, sometiendo á jurados los elementos de la acusación y el juicio, el Código de brumario del año iv no podía dar á los acusados la inmensa garantía del recurso de casación. Dos días después del arresto, los amos y los criados del castillo de Cinq-Cygne fueron citados para comparecer ante el jurado de

acusación. Cinq-Cygne quedó bajo la custodia de un cortijero y bajo la inspección del abate Goujet y de su hermana, que se establecieron en él. La señorita de Cinq-Cygne y los señores de Hauteserre fueron á ocupar la casita que poseía Durieu en uno de aquellos vastos arrabales que se extienden en torno de la ciudad de Troyes. Lorenza sintió que se le oprimía el corazón cuando, por varios de esos pequeños acontecimientos que ocurren siempre á los parientes de la gente complicada en un asunto criminal, en las ciudades de provincia donde se juzgan, observó el furor de las masas, la malignidad de la clase media y la hostilidad de los funcionarios públicos. En lugar de palabras de consuelo y de compasión, oyó conversaciones que denotaban espantosos deseos de venganza; vió testimonios de odio, en lugar de los actos de estricta urbanidad ó de reserva que ordena la decencia, y sintió sobre todo ese aislamiento que se nota tanto mejor, por cuanto que la desgracia le hace á uno desconfiado. Lorenza, que había recobrado todos sus ánimos, contaba con la claridad de la inocencia y despreciaba demasiado á la multitud, para asustarse por aquel silencio desaprobador con que era acogida. Al mismo tiempo que pensaba en la batalla judicial que, por la rapidez de los procedimientos, debía librarse muy pronto ante la Audiencia de lo criminal, sostenía los ánimos de los señores de Hauteserre. Pero la pobre iba á recibir un golpe que no se esperaba y que disminuyó su valor. En medio de este desastre y del desencadenamiento general, en el momento en que aquella familia afligida se veía como en un desierto, un hombre se hizo grande de pronto á los ojos de Lorenza y mostró toda la belleza de su carácter. Al día siguiente de aquel en que la acusación, aprobada por la fórmula: *Si, ha lugar*, que el jefe del jurado escribía en la parte baja del acta, enviada al acusador público, y cuando la orden de arresto dictada contra los acusados quedó convertida en orden de encarcelamiento, el marqués de Chargebœuf se presentó valerosamente con su vieja calesa á auxiliar á su joven parienta. Adivinando la rapidez de la justicia, el jefe de aquella gran familia se había apresurado á ir á París y á traer consigo á uno de los pro-

curadores más astutos y más honrados de antaño, que se llamaba Bordín que llegó á ser, en París, el procurador de la nobleza durante diez años, y cuyo sucesor fué el célebre procurador Derville. Este digno procurador escogió en seguida como abogado al nieto de un antiguo presidente del parlamento de Normandía, que pensaba dedicarse á la magistratura y que había hecho sus estudios bajo su tutela. Después de este proceso, este joven abogado fué nombrado sustituto del procurador general en París y llegó á ser uno de los magistrados más célebres. El señor de Grandville aceptó esta defensa como una ocasión para debutar con brillo. En aquella época, los abogados estaban reemplazados por defensores oficiosos. De este modo, el derecho de defensa no estaba restringido y todos los ciudadanos podían defender la causa de la inocencia; pero los acusados no dejaban por eso de nombrar á los antiguos abogados para que les defendiesen. El viejo marqués, asustado de los estragos que el dolor había hecho en Lorenza, usó con ella una amabilidad y un cariño admirables. No le recordó los consejos que le había dado en vano; presentó á Bordín como un oráculo cuyas opiniones debían ser seguidas al pie de la letra, y al joven Grandville como un defensor en quien se podía tener completa confianza.

Lorenza se apresuró á estrechar la mano del viejo marqués, diciéndole:

—Tenía usted razón.

—¿Quiere usted ahora escuchar mis consejos? le preguntó el marqués.

La joven condesa y los señores de Hauteserre hicieron un signo de asentimiento.

—Pues bien, vénganse á mi casa, que está en el centro de la ciudad y cerca de la Audiencia; ustedes y los abogados se encontrarán mejor que aquí, en donde están amontonados y demasiado lejos del campo de batalla. Aquí tendrán que atravesar la ciudad todos los días.

Lorenza aceptó, y el anciano se la llevó en unión de los señores de Hauteserre á su casa, que fué la de los defensores y la de los habitantes de Cinq-Cygne mientras duró el

proceso. Después de la cena, cerradas ya las puertas, Bordín rogó á Lorenza que le contase todas las circunstancias del asunto sin omitir ningún detalle, aunque algunos de los hechos anteriores habían sido ya contados á Bordín y al defensor por el marqués, durante su viaje de París á Troyes. Bordín escuchó, con los pies al fuego, y sin darse importancia alguna. El joven abogado no pudo menos de sentir admiración por la señorita de Cinq-Cygne, al mismo tiempo que prestaba la atención debida á los elementos de su causa.

—¿Y es eso todo? preguntó Bordín cuando Lorenza hubo contado los acontecimientos del drama, del mismo modo que se cuentan en este relato.

—Sí, respondió ella.

El silencio más profundo reinó durante algunos instantes en el salón del palacio de Chargebœuf donde ocurría esta escena, que es una de las más graves que se pueden tener en la vida, así como una de las más raras. Todo proceso es juzgado por los abogados antes que por los jueces, así como la muerte del enfermo es presentida por los médicos antes de la lucha que los unos sostienen con la naturaleza y los otros con la justicia. Lorenza, los señores de Hauteserre y el marqués tenían los ojos fijos en la cara morena y atrozmente picada de viruelas de aquel anciano procurador que iba á pronunciar palabras de vida ó muerte. El señor de Hauteserre se enjugó las gruesas gotas de sudor que inundaban su frente. Lorenza miró al joven abogado y le pareció que su rostro se había entristecido.

—Y bien, ¿qué le parece á usted, mi querido Bordín? le dijo el marqués tendiéndole su tabaquera, donde el procurador metió los dedos distraidamente.

Bordín se frotó las pantorrillas cubiertas de gruesas medias negras de filadiz, pues llevaba un calzón de paño negro y una casaca que se parecía por su forma á las casacas llamadas á la francesa, y dirigió una maliciosa mirada á sus clientes, dándole una expresión de terror, que los dejó helados.

—¿Quieren ustedes que les hable con franqueza y sin rodeos? dijo.

—Es claro, dijo Lorenza.

—Todo cuanto han hecho ustedes se convierte en cargos, le dijo entonces el viejo patricio. Es imposible salvar á sus parientes, y lo único que podrá hacerse es disminuir la pena. La orden que dió usted á Michú de que vendiese sus bienes será tomada como la prueba más evidente de sus intenciones criminales respecto al senador. Enviaron ustedes á sus criados á Troyes para quedar solos, y eso también les perjudica mucho. El mayor de los Hauteserre dijo á Beauvisage una palabra terrible que perjudica á todos. Usted misma pronunció otra en el patio del castillo, que probaba su rencor de usted contra Maligno. En el momento del atentado, usted se encontraba en observación en la reja, y si no la procesan á usted, es por no dar un elemento de interés al asunto.

—La causa no tiene defensa, dijo el señor de Grandville.

—La tiene tanto menos, por cuanto que no se puede decir la verdad, dijo Bordín. Michú y los señores de Simeuse y de Hauteserre se limitaron á decir que estuvieron en el bosque con usted durante una gran parte del día y que volvieron á almorzar á Cinq-Cygne. Y aunque quisiéramos probar que todos ustedes estaban almorzando mientras se cometió el atentado, ¿qué testigos podemos presentar? Marta es la mujer de uno de los acusados, los Durieu y Catalina son gente que están á vuestro servicio, y el señor y la señora son el padre y la madre de dos de los acusados. Estos testigos no tienen valor; la ley no los admite en contra y el buen sentido los rechaza á favor. Si, por desgracia, dijeseis ustedes que habían ido á buscar al bosque un millón cien mil francos, enviarían á todos los acusados á galeras por ladrones. Acusador público, jurados, jueces, Audiencia y Francia entera creerían que habían cogido ustedes ese oro en Gondreville y que habían secuestrado al senador para hablar más á sus anchas. Admitiendo la acusación tal como está en este momento, la cosa no es clara; pero explicada en toda su verdad, el asunto sería clarísimo, y los jurados se explicarían por el robo todas sus partes tenebrosas, pues hoy, realista quiere decir bandido. Tal como la cosa se pre-

senta ahora, parece ser una venganza admisible en la actual situación política. Los acusados incurrir en la pena de muerte; pero ésta no es deshonrosa por causas políticas; mientras que si se añade á éstas el robo, que no puede nunca legitimarse, se perderían los beneficios del interés que inspiran los condenados á muerte, cuando su crimen parece excusable. En el primer momento, y en presencia de magistrados imparciales, hubiera sido posible probar la inocencia y el trabajo en que se había empleado el día, enseñando los agujeros, el plano del bosque, los canutos de hojalata y el oro; pero en el estado actual de cosas, es preciso callarse. Quiera Dios que ninguno de los acusados comprometa la causa, y así veremos el medio de sacar el mejor partido posible de los interrogatorios.

Lorenza se retorció desesperadamente las manos y levantó los ojos al cielo, pues entonces comprendió toda la profundidad del precipicio en que sus primos habían caído. El marqués y el abogado defensor aprobaban el terrible discurso de Bordín. El buen Hauteserre lloraba.

—¿Por qué no habrán hecho caso del abate Goujet cuando quería que se escapasen? dijo desesperada la señora de Hauteserre.

—¡Ah! exclamó el viejo procurador. Si han podido ustedes hacerles escapar y no lo han hecho, ustedes mismos les han matado. La rebeldía da tiempo, y con el tiempo, los inocentes pueden probar su inocencia. Este asunto me parece el más tenebroso que he visto en mi vida, á pesar de que ya he desembrollado muchos.

—Es inexplicable para todo el mundo y hasta para nosotros, dijo el señor de Grandville. Si los acusados son inocentes, el atentado ha tenido que ser cometido por otros. Ahora bien, cinco personas no vienen á un país como por encanto, no se procuran caballos herrados como los de los acusados, no imitan su semejanza y no meten á Maligno en una cueva por el solo gusto de perder á Michú y á los señores de Simeuse y de Hauteserre. Los desconocidos, los verdaderos culpables tenían algún interés en imitar y semejar á los cinco inocentes; para encontrarlos, para buscar

sus huellas, nos serían necesarios, como al gobierno, tantos agentes y ojos como ayuntamientos hay en un radio de veinte leguas.

—Pero eso es imposible y no hay que pensar en ello, dijo Bordín. Desde que las sociedades han inventado la justicia, no han encontrado nunca el medio de dar á la inocencia acusada un poder igual al que el magistrado tiene contra el crimen. La justicia no es bilateral. La defensa, que no tiene espías ni policía, no dispone del poder social en favor de sus clientes. La inocencia no tiene más arma que los razonamientos, y los razonamientos que pueden vencer á los jueces, son á veces impotentes ante los prevenidos ánimos de los jurados. El país entero está contra ustedes. Los ocho jurados que han sancionado el acta de acusación eran propietarios de bienes nacionales. Entre nuestros jurados de juicio, tendremos gentes que serán, como los primeros, adquirentes y vendedores de bienes nacionales ó empleados. En una palabra, que tendremos un jurado Maligno. De modo que, aunque lleve usted un sistema completo de defensa, no sale del paso y perece con su inocencia. Los reos serán condenados. Iremos al tribunal de casación y procuraremos retardar allí el fallo el más tiempo posible. Si, en el intervalo, puedo recoger pruebas en favor de los reos, podremos apelar al indulto. Esta es la anatomía del asunto y mi opinión. Si triunfamos (pues todo es posible en justicia), será por un milagro, y el abogado que tenemos es, de todos los que yo conozco, el más capaz de hacer ese milagro, al que yo contribuiré, por mi parte, con todas mis fuerzas.

—El senador debe tener la clave de este enigma, dijo entonces el señor de Grandville, pues siempre se sabe quién nos odia y por qué nos odia. Yo veo que salió de París en pleno invierno, que vino á Gondreville solo, sin acompañamiento, que se encerró con su notario, y que se entregó, por decirlo así, á cinco hombres que lo secuestran.

—A decir verdad, su conducta es por lo menos tan extraordinaria como la de los acusados, dijo Bordín; pero, á la faz de un país levantado contra nosotros, ¿cómo convertiremos en acusadores, siendo acusados? Necesitaríamos la bene-

volencia y el apoyo del gobierno y mil veces más pruebas de las que se necesitan en una situación ordinaria. Veo aquí la premeditación más refinada en vuestros desconocidos adversarios, que conocían la situación de Michú y de los señores de Simeuse con respecto á Maligno. ¡El no haber hablado! ¡el no haber robado! en fin, mucha prudencia. Bajo sus máscaras, me parece ver gentes que no son malhechores. ¡Pero vaya usted á contarle todo eso al jurado!

Esta perspicacia en los asuntos privados, que tanto enalza á algunos magistrados y abogados, asombraba y confundía á Lorenza. Su corazón se oprimió ante tan asombrosa lógica.

—De cien asuntos criminales, dijo Bordín, no hay diez que la justicia conozca en toda su extensión, y más de una tercera parte quedan completamente ignorados. Este asunto es de los que son indescifrables para los acusados, para la justicia y para el público. Respecto al soberano, tiene otras cosas más importantes de que ocuparse para tomarse interés por los señores de Simeuse, aun suponiendo que éstos no fueran enemigos suyos ni hubiesen tratado de derribarle. Pero ¿quién diablos tendrá odio á Maligno y para qué lo habrán secuestrado?

Bordín y el señor de Grandville se miraron y parecieron dudar de la veracidad de Lorenza. Esta duda fué uno de los dolores más agudos que sintió la joven en este asunto; así es que dirigió á los dos defensores una mirada que hizo desaparecer todas sus malas sospechas.

Al día siguiente se entregó el proceso á los defensores, que pudieron ya comunicarse con los acusados. Bordín comunicó á la familia de éstos que los seis acusados habían sabido mantenerse en buen terreno.

—El señor de Grandville defenderá á Michú, dijo Bordín.

—¿A Michú? exclamó el señor de Chargebœuf asombrado de aquel cambio.

—Es el todo en este asunto y en él está todo el peligro, replicó el anciano procurador.

—Si es el más expuesto, la cosa me parece justa, exclamó Lorenza.

—Hemos visto algunas probabilidades de éxito y vamos á estudiarlas detenidamente, dijo el señor de Grandville. Si podemos salvarlos, será porque el señor de Hauteserre dijo á Michú que reparase uno de los postes de la barrera del caminito de la brecha y porque se ha visto un lobo en el bosque, pues todo depende de los debates ante una Audiencia de lo criminal, y los debates versarán sobre cosas insignificantes que ya verán ustedes que se convierten en inmensas.

Lorenza cayó en aquella postración interior que se apodera del alma de todas las personas de acción y de pensamiento, cuando la inutilidad de una y de otro les queda demostrada. Ya no se trataba de derribar á un hombre ó al poder con ayuda de gentes adictas, ni de simpatías fanáticas ocultas en la sombra del misterio: veía á la sociedad armada contra ella y sus primos. No toma uno por sí solo una prisión por asalto, no se libra á prisioneros en el seno de una población hostil y en presencia de una policía escamada de la pretendida audacia de los acusados. Así es que, cuando, asustado del estupor de aquella noble y generosa joven, el defensor intentó animarla, ella le respondió:

—Me callo, sufro y espero.

El acento, el gesto y la mirada dieron á esta respuesta una sublimidad que sólo le faltaba un trato más vasto para hacerse célebre. Algunos instantes después, el honrado Hauteserre decía al marqués de Chargebœuf:

—¡Para esto me he sacrificado yo por mis hijos! Por ellos he logrado recuperar una fortuna que me da ocho mil francos de renta anual. Si hubieran querido servir en el ejército, hubieran ascendido, y hoy podrían casarse ventajosamente. ¡He aquí todos mis planes por tierra!

—¿Cómo! le dijo su mujer, ¿piensas en sus intereses cuando se trata de su honor y de sus vidas!

—El señor de Hauteserre piensa en todo, dijo el marqués.

Mientras que los habitantes de Cinq-Cygne esperaban el comienzo de las sesiones en la Audiencia de lo criminal y solicitaban permiso para ver á los prisioneros, sin poder obtenerlo, en el castillo ocurría en el mayor secreto uno de